

debiéndole Adriano la tiara, tenía inclinaciones favorables á su aborrecido rival. Pues de igual suerte que quiso reconciliar á Francisco I con Cárlos V, quiso destruir la revolucion ya consumada por una reforma ya tardía. Para combatir á Lutero se dirigió á Erasmo, ó lo que es igual, para combatir el dogmatismo á la duda, para combatir la fe á la incredulidad, para combatir la elocuencia á la ironía, para combatir la resolucion al hombre mas irresoluto de su tiempo; amigo de Lutero por sus ideas y enemigo por sus intereses. Aun hizo mas el Papa católico, quiso á toda costa ganarse la Asamblea de Nuremberg, abierta en noviembre de 1522. Pocas veces se ha presentado en el mundo un caos mayor de ideas religiosas y de ideas políticas que el ofrecido por este babilónico Congreso. En la explosion natural del Protestantismo formáronse mil sectas diversas, y todas tuvieron representacion regular en aquella extrañísima Asamblea. Veíanse pulular los partidarios de Munzer con los partidarios de Lutero, y los partidarios de Lutero con los partidarios de Zuinglio, y los partidarios de Zuinglio con los partidarios de Carlstadt. Pero ¡caso raro y que prueba la confusion de las inteligencias en esta edad extraña! mientras los mas embargados por las cuestiones religiosas eran los príncipes laicos, los mas embargados por las cuestiones políticas eran los príncipes religiosos. Pocas veces se habia visto una Asamblea mas incierta en sus pensamientos, mas indecisa en sus resoluciones, mas ondulante en sus afectos, mas idónea para ser arrebatada por una voluntad imperiosa y por una voz elocuente. Ni elocuencia ni voluntad poseia el Nuncio del Papa, como si en vez de diplomático consumado, fuera, cual su señor Adriano, taciturno solitario. En tal manera estaba la Reforma dentro de los corazones y de las inteligencias del Norte, que este Papa flamenco impuso á su embajador actitud humilde, voz suplicante, ademanes de siervo mas que de amo, concesiones á la nueva supersticion, palabras peligrosas como aquellas de que la cátedra de San Pedro estaba manchada y la Iglesia católica dispuesta por completo á una reforma y los males últimos considerados como un castigo enviado sobre Roma por la insolencia con que habia ejercido el poder y la corrupcion con que habia gangrenado las costumbres. Cuando se hacen á un enemigo estas concesiones en el instante mismo en que la pelea tiene mas ardor, se consuma una irremediable entrega, equivalente á una

completa derrota. No habian dicho en la hora de mayor entusiasmo y empuje los escritores protestantes otra cosa que lo dicho en la Asamblea de Nuremberg por el Nuncio en persona. Así, los mas adictos al catolicismo entre los allí presentes, se adoloraban con profundísimo dolor y decian que el Pontificado acababa de pasarse á la revolucion: tan tremendas fueron las palabras en que se pedia la concordia.

Lutero, que no quitaba el ojo de su causa y que no tenia vacilaciones ni dudas cuando de sus enemigos históricos se trataba, cogió en seguida todo cuanto habia de favorable para él en la humillacion del Nuncio y en las concesiones de Roma. Desde luego hacia notar lo que saltaba inmediatamente á la vista, es decir, la distancia incalculable entre la actitud de Leon X y la actitud de Adriano VI, entre el lenguaje de los Nuncios anteriores en Augsburgo y en Worms y el lenguaje de este Nuncio en Nuremberg. Realmente la corte pontificia corroboraba las ideas del revolucionario al decir que en Roma se encontraba la pústula de donde salia toda corrupcion. Dicho esto por el Papa, correspondia una respuesta concordante por la Dieta. Sus pretensiones, pues, se alzaron soberbias á medida que las palabras del poder, á quien se dirigian, sonaban mas á débiles y apocadas. Felicitaba al Pontífice por haber reconocido el origen del mal y la necesidad del remedio; pedia la consagracion de las annatas y demás tributos eclesiásticos á la guerra con los infieles; y proponia un concilio germánico, en el cual, expuestas las ideas contrarias y los agravios mutuos, pudiese llegarse por medio de meditadas transacciones á una conciliacion duradera. Deseosos de mostrar sus tendencias en pro de la concordia y de poner en su punto las concesiones para que no hubiese derecho á lastimarse y á resentirse en el Papa, prometian imponer silencio á Lutero, obligar á los predicadores á la ortodoxia, impedir los matrimonios sacrílegos y las fugas de los monasterios, detener el movimiento revolucionario. Pero una disidencia debia estallar; y estalló. El Nuncio, á pesar de su mansedumbre, exigió que los poderes civiles no se contentaran con medios morales para contrastar la herejía, sino que apelasen tambien á la fuerza y pusiesen á Lutero en la situacion á que lo condenara el edicto de Cárlos V por el cual no podia excusarse de aparecer como reo de traicion al Imperio. Oir esto y saltar la irreconciliable enemiga que latia en el fondo de



todas las concesiones, obra fué de un minuto, pues mientras el Archiduque Fernando pedía el cumplimiento de los imperiales rescriptos, los príncipes católicos en la apariencia y luteranos en realidad, pedían que todas las disposiciones tomadas contra Lutero quedasen baldías y fuesen como una letra muerta. El Archiduque, indignado, aseveró que nadie con tanta autoridad como él representaba en el mundo al Emperador; mas no faltó quien le dijera que lo representaba, sí, mas despues, mucho despues de la Dieta y de las órdenes superiores del Imperio. Así es que la mayoría se burló de las restricciones del Archiduque y de las quejas del Nuncio; y decidió presentar sus agravios resumidos en una lista, que contenía hasta ciento, los cuales no podían satisfacerse, sino á costa de humillaciones, cuyo conjunto equivalía en el fondo á una abdicacion vergonzosa por parte del Pontífice.

El Nuncio no sabía lo que le pasaba; y segun iba leyendo, quedábase como yerto, pues un sudor frio y de muerte corria por todo su cuerpo. En la timidez natural á su complexion y agravada por las instrucciones de Roma, quiso, cuando menos, que se corrigieran unos artículos, que se dulcificaran otros, y que perdieran todos aquel aire verdaderamente increíble que tenían de imposicion y de imperio. Pero la Dieta no quiso corregir los artículos, ni caer en ninguna suerte de concesiones, temiendo el ardor de los ánimos y escuchando la voz tonante de la revolucion religiosa. Además existía por aquel tiempo una máquina que trastornaba todas las tradiciones, que impedía todos los secretos, que sacaba las conferencias diplomáticas del seno de las cortes régias para lanzarlas en medio de las plazas públicas, que repartía las ideas entre las muchedumbres, realizando una comunión superior á la comunión bajo las dos especies pedida por los hussitas; y esta máquina revolucionaria era la imprenta, la cual lanzaba los agravios expresados por la Dieta sobre el pueblo é impedía de esta suerte una reconciliacion verdadera entre el poder parlamentario de la nacion germánica y el poder absoluto de la corte romana.

Nada podía ya conseguir la conciliacion. Habíase desencadenado el espíritu revolucionario, que, en este momento, no encontraba mas límites sino los sugeridos por su propia prudencia. La idea misma del concilio, último asidero propuesto á Roma, encontraba en el monje revolucionario una oposi-

cion implacable, porque comprendía cómo en esta asamblea tocaba la preeminencia natural á los Papas, apareciendo así los que ya la habían desertado y huido en el seno de la Iglesia. Cuando el Nuncio llegó á Roma, y presentó al Papa las quejas de la Dieta, el Papa, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, la inania de sus sacrificios, la tristeza de su porvenir, el crecimiento de las revoluciones, cayó en dolor tan profundo y tan sincero que á los pocos días le causó la muerte. Y no solo estas dificultades suscitadas á sus deseos de conciliacion por la Dieta le amargaron los últimos instantes de la vida, se la amargaron también y mucho los odios de Carlos V que no quería oír cosa alguna conducente á una inteligencia con Francisco I. Publicó, pues, el Papa la liga contra Francia el 5 de agosto, en la iglesia de Santa María la Mayor, y no hay decir que la publicó bien contra su grado. Al salir de esta ceremonia hacia un calor sofocante; y fatigado el Papa, en vez de dirigirse á su palacio, dirigióse al cercano convento de San Martín, donde tomó su comida y durmió su siesta. Al despertarse, ya sintió un escalofrío como de terciana, seguido de un acceso como de fiebre. Y el mal se apoderó de él en términos que el 14 de setiembre de 1523 espiró hasta con alegría por creerse preservado de los grandes dolores que debían traer á su ánimo atribuladísimo los futuros desastres de la Iglesia. Roma fué implacable con el hombre que le había propuesto una transaccion con Alemania. Hubo quien creyó que el veneno había obrado en la enfermedad y no el dolor; hubo quien dijo que á aquel hombre solamente le había sucedido en su vida una desgracia, la de haber mandado; hubo quien propuso que se levantara una estatua á su médico: tan irreconciliable era la complexion de la Roma del Renacimiento con la complexion de la Alemania del Protestantismo. El Papa, que había querido un momento de tregua, solo alcanzó un desate de guerra.

No menor lucha que la existente dentro de la Iglesia existía dentro del Imperio. Desde los tiempos de Pedro III de Aragón poseía España, unas veces en pleno dominio y otras veces por medio de sus delegados, las Dos Sicilias, ya la isla solamente, ya la isla con la parte continental que se denomina reino de Nápoles; y desde los tiempos de Carlos VIII aspiraba Francia, no solo á disputarnos la dominacion del Mediodía, poseído en otros días por sus delegados los angevinos, sino á tener al par un Estado suyo en el Norte



de la península. Estas grandes aspiraciones históricas condensábanse en dos hombres verdaderamente extraordinarios por las respectivas alturas á que se hallaban alzados y por las múltiples complicaciones de sus mutuos y opuestos caracteres. Ambos á dos habian de encontrarse frente á frente, porque el uno acababa de ganar definitivamente el reino de Nápoles conseguido por los talentos de Fernando el Católico y por los triunfos del Gran Capitan, mientras que el otro acababa de perder por las maniobras del duque Esforza el Milanesado, con el cual invistiera Maximiliano de Austria pocos años antes á su predecesor en el trono francés, á Luis XII. El español en el Mediodía de Italia daba celos al francés; y el francés en el Norte de Italia daba celos al español. Y estos celos se recrudecian y exacerbaban ahora, en el momento que vamos historiando, por razon de hallarse aspiraciones tan seculares y ambiciosas personificadas en jóvenes de tantos medios y de tanto empuje como Francisco I y Cárlos V. Aquel llevaba la herida de Novara donde el ejército francés cayó roto y la hermosa Milan se perdió para los franceses; mientras este llevaba las estrellas del Garellano donde Nápoles pasó definitivamente á las manos de España. Así en los comienzos de su reinado traba Francisco I una concordia con los venecianos, burla el ejército suizo que cerraba el paso á Italia por el monte Cenis y el paso á Italia por el monte Ginebra, entrándose á través de gargantas no holladas de ningun ejército y esparciéndose desde la tierra de Saluces en el Piamonte á la tierra de Mariñan en el Milanesado, donde ceñido de relumbrante armadura, jinete en caballo cubierto de áureas flores de lis, manda larga batalla lo mismo al esplendor del día que al mustio rayo de la luna, medio cubierto por nubes de espesa polvareda, hasta que despues de haber pasado la noche sobre la silla de su montura, con la espada en la mano y la cimera en la frente, ganó cruentísima victoria, dejando en el campo seis mil enemigos muertos, tras lo cual se armó como en los libros y romances de la Edad media, caballero, cual si este título valiese mas que el título de rey, recibiendo el espaldarazo de manos del fortísimo Bayardo, en quien se personificaban las virtudes caballerescas y militares de la Edad media en los días de su brillante ocaso. Francisco I ganó, pues, el Milanesado por pactos sucesivos con Cárlos V, heredero ya de una parte de sus dominios, con los cantones helvéticos rotos en Mariñan, con

el Emperador Maximiliano que renuncia la dominacion de Verona, y con Enrique VIII que cede algunas plazas ganadas en Francia durante las últimas competencias entre esta nacion é Inglaterra; por todo lo cual Francisco I, en edad bien tierna, parece coronado por los dobles lauros de las victorias guerreras y las victorias políticas.

Mas la naturaleza queria la rivalidad entre estos dos hombres y estaba como resuelta decididamente á sostenerla y sobrexcitarla. Aplacada un momento, debia renacer con mas fuerza, por causa de la eleccion imperial, que convirtiendo la grande Alemania en mercado público y campo guerrero de las competencias entre los dos rivales, concluye por lanzarlos definitivamente sobre Italia, en cuyo seno, ya desgarrado de antiguo por la guerra, vuélvense á librar nuevas batallas entre estos dos titanes de la ambicion y del poder. Cárlos no perdonará jamás á Francisco sus tentativas de arrancarle á él, primogénito de la casa de Austria, el vínculo de la autoridad imperial; y Francisco no perdonará jamás á Cárlos el dominio eminente sobre Italia que le reduce de igual á vasallo; Cárlos reclamará de Francisco la posesion del ducado de Borgoña, unido á la corona francesa por Luis XI en detrimento de los nietos del Temerario, y Francisco reclamará de Cárlos la posesion del reino de Navarra unido á la corona española por Fernando el Católico en detrimento de los nietos de los Albrets; Francisco reclamará de Cárlos el tributo de cien mil ducados impuesto en los arreglos relativos al reino de Nápoles, y Cárlos, que no ha pagado, reclamará de Francisco la disminucion á la mitad de esta suma; Cárlos y Francisco entenderán constantemente que ambos á dos no pueden permanecer reunidos dentro de Italia, pues el Milanesado amenaza de continuo á Nápoles, como un alud bajado de los Alpes, y Nápoles amenaza de continuo al Milanesado, como una erupcion subida del Vesubio.

En todas estas grandes disidencias necesitábase por los dos colosos que llenaban el mundo un aliado, y este aliado no podia ser otro seguramente, sino el rey de Inglaterra, el sagaz Enrique VIII. Así Francisco I y Cárlos V cortejaban á una la fuerte posicion del rey británico; y le ofrecian y le señalaban horizontes vastísimos, á cual mas tentador y halagüeño. En la hora de la eleccion de Cárlos V hallábase solicitado por ambos rivales, á los